

Poder y territorio: El caso Brasilia*

POWER AND TERRITORY: THE BRASILIA CASE

PÁGINAS 90-111

Ana CARRASCO-CONDE *

Fecha de recepción: 2015.11.23 • Fecha aceptación: 2016.03.10

RESUMEN

El análisis crítico de la planificación urbanística de Brasilia llevada a cabo por Alain Badiou sirve en un primer momento como campo conceptual para examinar la propuesta del filósofo en torno al acontecimiento y dar cuenta de la dimensión topográfica de todo aparecer. En segundo lugar se propone una lectura de Brasilia, no desde la perspectiva del lugar de concretización de una acción utópica de igualdad (Badiou) sino del de su destinación para dejar al descubierto la realidad de la desigualdad.

PALABRAS CLAVE

Brasilia, Alain Badiou, acontecimiento, topografía, destinación

ABSTRACT

The critical analysis of the urban development planning of Brasilia, carried out by Alain Badiou serves in the first place as conceptual field to examine the philosopher's proposal about the Event and to account for the topographic dimension of every appear. Secondly is proposed a reading of Brasilia, which is not from the perspective of the site of realization of an utopian action of equality (Badiou) but from its destination to uncover the reality of the inequality.

KEYWORDS

Brasilia, Alain Badiou, event, topography, destination

Orsenna es una ciudad históricamente inmóvil, obsesionada por la perpetuación de la rigidez de la piedra, el corsé del espacio en el cuerpo del tiempo, la ausencia de cambios, la inercia del siempre lo mismo, abandonada en un clima plomizo de atonía¹. Que sea ésta una ciudad urdida en la mente

1 * Este artículo apareció con variaciones en el libro colectivo coordinado por Daniel Abralde: *Ideas que cruzan el Atlántico: utopía y modernidad latinoamericana*, Madrid, Escolar y Mayo, 2015. Citado por BADIOU, Alain (2008): *Lógicas de los mundos. El ser y el acontecimiento*, 2, Buenos Aires, Manantial, p. 450.

♦ Departamento de Historia de la Filosofía, Estética y Teoría del Conocimiento. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid. anacar03@ucm.es

de Julien Gracq y levantada página a página en su novela *El mar de las Sirtes* (1959; trad. 1998), no resta importancia a la decisión fundamental con la que se enfrentan sus habitantes: salir del sopor histórico o reanudar una antigua guerra que amenaza la supervivencia de la ciudad. La pregunta clave que exhorta a la toma de esta decisión no es sin embargo sobre la viabilidad del conflicto, sobre sus pros y sus contras –la guerra se sabe ya perdida y la ciudad conoce su aciago destino–, sino sobre el modo de estar en el mundo, sobre algo que, si bien puede destruir ciudades, levanta, en cambio, caracteres: se trata de saber quién vive y quién muere en la ciudad, frente a la alternativa de quien desea permanecer fosilizado en ella, atrapado en el ámbar de un tiempo sin flujo. No se trata tanto de que la guerra pueda entenderse como el motor histórico, sino de asumir que el avance de una sociedad sólo puede tener lugar en el contacto con lo otro, de ahí que Aldo, el personaje principal de la novela de Gracq, haya de encararse con las tres posibilidades que esta decisión entraña a través de su diálogo con tres personajes: Marino, que encarna el tedio; el enviado de la ciudad enemiga, Farghestan, que constituye el signo activo del Otro; y Danielo, que desea vehementemente el conflicto por el conflicto. Aldo está en la encrucijada. Su decisión será su destino.

Es esta misma novela de la que se sirve Alain Badiou en *Lógicas de los mundos*, el segundo volumen de *El ser y el acontecimiento* (2008) como un ejemplo más para desarrollar su concepto de “punto” e imprimir en éste el valor topográfico de todo aparecer: toda verdad singular se origina en un mundo particular y se modela con los materiales de ese mismo mundo y, justamente, eso que se crea en condiciones concretas es lo que, por su valor, deviene descifrable universalmente. Si Aldo define su destino y el de la ciudad por su decisión es porque con ésta, pese a su particularidad ligada a un momento y a un lugar concretos, aparece una verdad que deviene universal en su destinación, esto es: por los efectos a distancia de la situación concreta –del “mundo” dirá Badiou– en que ésta es producida. La idea del acontecimiento implica, por tanto, en Badiou no sólo el hecho mismo sino las condiciones particulares en las éste se produce: no en la forma de una “donación” de sentido al curso de la historia (*Begebenheit*), como una especie de *signum prognostikon* dicho con Kant, que lleva a presencia la esencia de la historia (Ak. VII, 84; Cfr. Carrasco-Conde, 2012: 123-137), sino una ruptura o discontinuidad que rompe y rasga un mundo concreto, pero no *por la irrupción de algo interior*, sino por un cruce de caminos, que abre la posibilidad a otros mundos. No es sima o abismo (de dentro a fuera) sino huella (de fuera a dentro). Aún

más, desde este punto de vista no hay historia o, al menos no una “gran Historia” à la Hegel, sino que, como afirma en *Teoría del sujeto* (1982), lo que tenemos son acontecimientos, secuencias, periodos (Cfr. Badiou, 2008a) y en ningún caso, como se encuentra en la *Ciencia de la Lógica*, un Todo en el que la totalidad como realización de sí es la unidad de lo verdadero. Para Badiou las verdades son locales y lejos de estar “ahí” son un producto que existe en un proceso activo.

Lo que caracteriza al acontecimiento no es por tanto que deje entrever una destinación implícita al curso de las cosas, sino que nos sitúa en el punto concreto de una decisión que construye nuestro destino. Por eso, si bien es cierto que el acontecimiento no produce una nueva realidad, sí abre la posibilidad para ello (Badiou y Tarby, 2013: 21-22). Badiou recuerda un fragmento de niebla y lucha de *El mar de las Sirtes*: “De aquel que vuelve a echar a la mar una barca que se pudre en la playa, se puede decir que se despreocupó de su pérdida, pero al menos no de su destinación” (Badiou, 2008: 451). Según Badiou, rebelarse contra la esclavitud, como hizo Espartaco al conformar un ejército de esclavos y alcanzar la victoria en la batalla del Vesubio (73 a.C.), optar por una maniobra militar y no por otra, el ataque oblicuo, como hizo Alejandro Magno en la batalla de Gaugamela (331 a.C.) o el movimiento de insurrección del París de 1871 (la Comuna) (Cfr. Badiou, 2008: 314 y ss), constituyen los efectos de una decisión de un sujeto que siempre tiene un cuerpo y, por tanto, está siempre ligado a coordenadas y a categorías como derecha, izquierda, arriba, avance, retirada.

Pero además, si para Badiou no hay historia, como decíamos, si el punto como acontecimiento, se da como encrucijada, tampoco existe una geografía, entendida como un precipitado de configuraciones materiales ligadas a la Historia, como sí vieran por cierto Schelling o Benjamin, sino únicamente la superficialidad de un territorio que es susceptible de localización y de transformación y que es “punto” de creación de mundos, en cuyo interior-interior en el sentido de “incluido” o “comprendido” en un conjunto- comparcen los efectos de la decisión. Badiou hablará entonces de una topografía: “los puntos de un mundo constituyen realmente una potencia de localización (técnicamente: un espacio topológico) [...] El acto de una localización consiste, efectivamente, en que tenga sentido decir que un elemento está “ahí”, lo cual quiere decir en el interior de un lugar” (Badiou, 2008: 452-453) -recordemos aquí el sentido de “interior” como “estar comprendido en”-. Por eso en la obra ya mencionada *Lógicas de los mundos* tras desplegar una argumentación basada en momentos históricos decisivos para definir el concepto

de “punto” y tratar de la topología del mundo-batalla (la batalla del Vesubio, la batalla de Gaugamela), Badiou centra su atención más allá del tiempo en un espacio concreto: Brasilia.

Su análisis de la ciudad está íntimamente ligado al concepto de “punto” y al carácter espacial de toda decisión. Ve en ella un “nuevo mundo” que, al romper con la ciudad clásica y llevar a término la utopía comunista sobre lo que una ciudad debe ser, articula el espacio urbano en partes “iguales” de tal modo que el centro no se opone ya a una periferia, sino que constituye el lugar vacío de enclave de los grandes monumentos, al seguir una distribución urbanista basada en un eje central alrededor del cual se ordenan simétricamente lo que se denominó *supercuadras* o supermanzanas, cuyo suelo estaba dirigido a diferentes y determinados usos [Imagen 1]. Su plano –así lo describe Badiou– es el de un pájaro en armonía que –como afirma en una entrevista concedida en junio del 2013– “muestra que los hombres, en la tierra, pueden crear su propio cielo”² (Fig. 2).

Badiou se centra en el *proyecto inicial* del urbanista Lucio Costa, que ganó el concurso de participación limitada para el diseño de la capital de Brasil en 1956, en tiempos del presidente Juscelino Kubitschek de Oliveira, de clara orientación socialista y cuya intención fue desde el principio levantar una capital en la que quedaran eliminadas las clases sociales. He aquí una idea que cruzó el Atlántico: de las grandes utopías, con los falansterios de Charles Fourier, paradigma de edificio-ciudad, en el que toda persona, actividad o cosa ocupaba por anticipado un lugar bien determinado [Imagen 3], como se encontrará, por cierto, no en un edificio, sino en la ciudad misma ideada por Costa; o con las fábricas del escocés Robert Owen y su fracasada New Harmony (1825), situada en Indiana, y que estaban basadas también en la organización racional del trabajo en el espacio. Un espacio que, por cierto, dejaba en algunos casos su centro vacío, como es el caso del proyecto de la Ville de Chaux del precursor de Fourier, Claude-Nicolas Ledoux (1774) (Fig. 4).

En todo caso, el gran modelo a seguir por Lucio Costa y Oscar Niemeyer (Fig. 5) será el de Le Corbusier con su *Ciudad para tres millones de habitantes* (1922) y su *Ciudad Radiante* (1930), diseñada esta última justo después de que la Oficina para la expansión de Moscú contactara al archi-

2 Aparecido en “Nueva época”, año 3, número 19. Junio-Julio 2013. Disponible online: <http://reflexionesmarginales.com/3.0/19-la-filosofia-y-una-vida-mas-fuerte-que-la-vida/> (consultado el 03.02.2014)

tecto. La idea era la misma que reaparece en la propuesta del urbanista brasileño: presentar un único eje de simetría, de Norte a Sur, que distribuyera la ciudad y separara sus zonas en funciones específicas (Figs. 6 y 7).

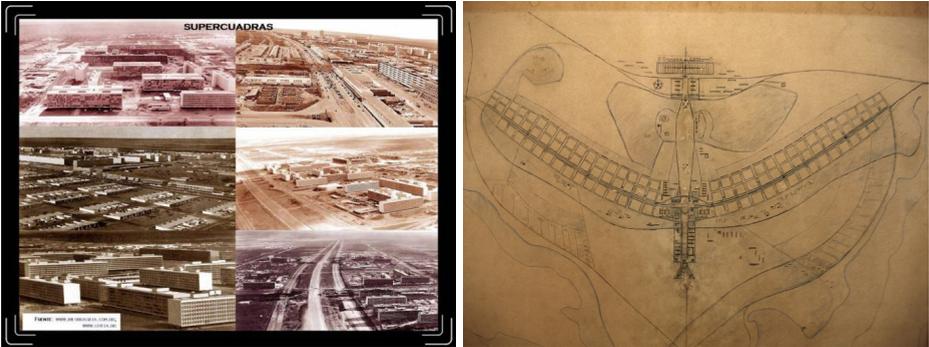


Figura 1. (Izquierda). Imágenes de las Supercuadras de Brasilia.

Figura 2. (Derecha). Plano de la ciudad según el diseño de Lucio Costa, 1956-1960

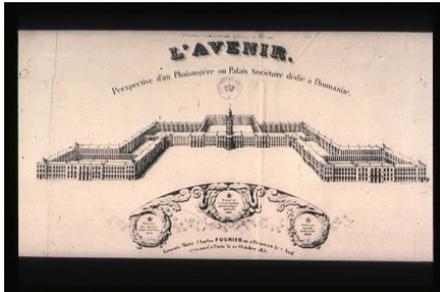


Figura 3. (Izquierda). Falansterio de Fourier. 1822

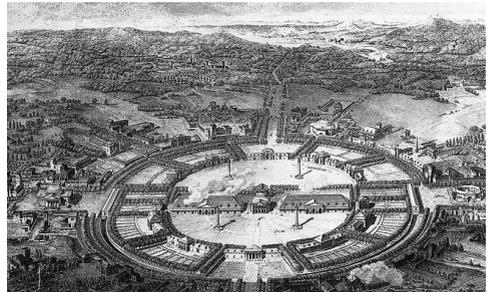


Figura 4. (Derecha). La Forge de Claude-Nicolas Ledoux (Projet pour la ville de Chaux), 1804



Figura 5. Esplanada dos Ministérios, 2006.



Figura 6. (Izquierda). Proyecto de Le Corbusier: *Cidade de tres millones de habitantes*, 1922

Figura 7. (Derecha). Proyecto de Le Corbusier: *Ville radiuse*, 1933

Pero la que André Malraux denominó *Capital de la esperanza*, Brasilia, devino, irónicamente favorecida por el plano de la ciudad y su composición urbanística, capital de la desigualdad. Estéticamente la ciudad es impactante, como un lienzo en blanco en que crear desde la nada, e incluso bella, pero política y sociamente es muy discutible. Mi propósito es analizar el “caso Brasilia”, no desde la perspectiva del “punto topológico” de la decisión, del lugar de concretización de una acción utópica de igualdad (Brasilia como “proyecto” o “ideal”), como es el caso de Badiou, sino del de su destinación, que puede hacer del pájaro en vuelo un muerto y átono mecanismo de ordenación (la Brasilia como “producto” o como algo “real”). Para ello me centraré en tres conceptos: el punto, la línea y la cuadrícula y vertebraré mi intervención en tres apartados: I. La topología del ser o la arqueología del punto; II. Ser y poder, sobre el grosor de la línea y la guadaña del cartabón; y III. Poder y territorio o sobre la diferencia entre un pájaro y un avión.

1. El Punto: La Topología del ser o la Arqueología del punto

El “punto” en Badiou es intenso, pero carece de una “intensidad vertical”. Quiere esto decir que se reduce a la superficialidad del espacio: un “estar-ahí” que carece de profundidad, y para el que no hay apertura “ahí” del que surja o brote el “estar” o el “ser” (en el sentido de un *Da-sein*), sino que coincide con un punto en el que toda la complejidad del mundo se reduce a la simplicidad de una decisión por A o por B, por un “sí” o por un “no”. Los caminos confluyen en un punto concreto, como las líneas de cercanías de Renfe en Atocha. Badiou recupera aquí las enseñanzas del Sartre dramaturgo para transformar su teatro en lo que denomina un *teatro de puntos*:

“Al existencialista Sartre, teórico de la libertad absoluta, le gustó siempre imaginar situaciones en las que la complejidad infinita de los matices o el caos aparente del mundo se dejan llevar a la pureza dual de la elección. Su teatro, en particular, es ante todo puesta en escena de esas brutales reducciones de la inestabilidad subjetiva a una decisión sin garantía ni causalidad que figura, frente al espesor del ser, la transparencia insólita de la nada. Yo diría de buen grado, en mi lenguaje, que Sartre pone en escena un teatro de los puntos”.

(Badiou, 2008: 446)

Es en este teatro de puntos en el que se haría visible la transición entre lo ontológico y lo lógico al hacer comparecer una verdad que no es sino una creación material y activa en una situación particular por parte de un grupo específico de sujetos. Hablar de “interioridad” significaría en este sentido no ahondar o excavar en el punto de la decisión y la producción de la verdad, como haría Benjamin, sino situar algo dentro del conjunto conformado por este “teatro de los puntos”, es decir un estar situado dentro de las coordenadas determinadas de un espacio concreto. Estar en Brasilia o ir a Brasilia significaría entonces según Badiou formar parte del conjunto que es Brasilia como totalidad referencial. Brasilia sería entonces el teatro de puntos, el cuerpo como ser-múltiple que compone un nuevo mundo, en el que, siguiendo las utopías obreras del XIX, como veíamos, se llevan a la práctica soluciones ideales pero posibles con el fin de resolver los problemas de la ciudad que coinciden en último término con los problemas de clase. Pero sin puntos, *el cuerpo es mero objeto inerte, ineficaz*.

Brasilia, capital artificial, es especialmente clave para Badiou en este punto porque constituye el modelo de “ciudad pura”, concreción en la tierra de una decisión que aboga por la fidelidad como compromiso hacia unos principios; y que, levantada desde la nada en la nada, carece de historia, exenta de estratos de su pasado que hayan de ser recompuestos, pero también de geografía, al estar enclavada en ninguna parte (permea aquí el aprecio de Badiou hacia las posiciones antirrománticas de la historia, alejadas de una estetización de ésta). Es pues encarnación perfecta de la *ou-topía*: lugar en ninguna parte o no-lugar (Cfr. Vidal Rojas, 2011: 65-79) que posibilita la contrucción de un nuevo mundo: “El pájaro posado sobre el suelo seco, las lagunas lunares, los edificios con estilo de Niemeyer: todo me decía que, así abiertos, los fragmentos de Brasilia, al orientarme en la noche, me habían in-

corpotado al nacimiento de un nuevo mundo” (Badiou, 2008: 457). Así, sobre el espacio topológico que Brasilia constituye, Badiou sólo reconoce una única configuración de un único urbanismo: la constitución événementielle (ligada a un acontecimiento) de un cuerpo glorioso en el que quedan claramente manifiestos en su superficie, como en la Roma descrita por Clifford Ando, los mensajes divinos en el territorio terrestre³.

Antítesis de una Roma que descansa sobre el pasado destruido de otras Romas, de un París horadado por pasajes y catacumbas, de un tiempo presente conformado por capas de otros tiempos, Brasilia es tal y como se muestra. El suelo destinado a su edificación era paisaje virgen y las aguas del gran lago, las *lagunas lunares* –como las denomina Badiou– destinadas a reflejar el cielo, eran producto de una obra de ingeniería. Por eso para Badiou el acontecimiento no es movimiento telúrico que abre la tierra y muestra simas y abismos por las que escapan los monstruos de lo Real (la irrupción de algo interior, decíamos antes), sino huella en un cruce de caminos de algo efímero que si es visible es por los efectos que causa a distancia. Y he aquí el problema porque para Badiou si la verdad surge en un proceso activo y no en un proyecto, si lo importante del acontecimiento son sus huellas en forma de efectos, poco queda en Brasilia, más allá del proyecto, que responda a los ideales utópicos que movieron a su fundación: su verdad es otra diferente a la de su origen. Badiou, de hecho, es consciente de la transformación de Brasilia en su paso de lo ideal a lo real, pero no incorpora esta realidad a su reflexión: “Sé muy bien –afirma en el curso de una entrevista– que, hoy en día, la realidad social de Brasilia contradice la visión de Costa y Niemeyer: los pobres fueron arrojados, justamente, a ciudades satélite clásicas” (Badiou y Rodriguez, 2013). No es la aparición de las ciudades satélites, lo que hace que el sueño utópico se deshaga ante el despertar de la realidad. La propia ciudad contiene

3 “Illustrations and reflections of this principle lie near to hand. For example, the consul Marcus Claudius Marcellus was once forbidden by the *pontifices* from consecrating a temple to Honos and Virtus (Honor and Virtue), despite his having taken a vow to do so; the pontiffs argued that if some prodigy were then to happen in the temple, they would not be able to determine to which god expiatory sacrifice should be made. That is to say, an action in this world, once deemed portentous, required a response; and the need to respond precisely drove pontiffs to require, and architects and urban planners alike to produce, cities in which divine messages in the terrestrial landscape would be as clear as possible. Similarly, the correlative to pagan denunciations of Christian credulity (their religion was based on belief!) was pagan confidence that their practice was based on historical evidence”. En ANDO, Clifford (2008): *The Matter of the Gods. Religion and the Roman Empire*, Berkeley: The University of California Press, 2008. Paperback edition, 2009. Debo esta referencia a Carlos Otero Álvarez, quede aquí constancia de mi agradecimiento.

ya el germen de su fracaso.

Hay además algo aún más inquietante que Badiou no menciona: que ni Niemeyer ni Costa adaptan la ciudad a sus habitantes, sino que son sus habitantes los que han de responder a las exigencias de la ciudad; que si no hay una ciudad preexistente que haya de ser reescrita, tampoco hay un lenguaje nacional con la que se escriban las páginas en blanco. Hay solo un ideal que se impone y que no tiene en cuenta las situaciones concretas e incluso “topografiables” de una ciudad real. Así lo reconocieron tanto Costa como Niemeyer. William J.R. Curtis recoge el lamento de Niemeyer en su historia de la arquitectura: “le hubiera gustado hacer «una aportación más realista» que reflejase «no sólo los refinamientos y la comodidad, sino también una colaboración positiva entre el arquitecto y el conjunto de la sociedad»” (Curtis, 2012: 498-499).

Mientras que a mediados del siglo XX países como México trataban de simbolizar el progreso al mismo tiempo que exaltaban los mitos nacionales, apoyándose en el extenso patrimonio precolombino, Brasil no tenía equivalente alguno de esas ruinas antiguas: “En América Latina, la construcción de “historias” nacionales retrospectivas funcionaba de un modo distinto en países con una herencia antigua visible [...], que en países que carecían de tales pruebas tangibles del pasado lejano (Brasil, por ejemplo)” (Curtis, 2012: 493). Por ello tanto Costa como Niemeyer elaboraron un lenguaje de lo monumental heredero de la arquitectura europea de Le Corbusier. La lógica axiomática llevada a cabo en Brasilia repartía los lugares como puntos de emisión de mensajes unívocos basados en este reparto igualitario sobre plano. Se tomó en cuenta el territorio y la orientación de la futura ciudad, pero en la concreción de sus formas se aplicaron limpiamente modelos surgidos en Europa. Lo que sí se incorporó fue una interpretación no de la cultura, sino del clima: Niemeyer y el paisajista Roberlo Burle Marx introdujeron una expresión moderna tropical en esa arquitectura europea. Naturaleza, pero no historia ni tradición. Se sustituye así la temporalidad de la tradición por un no-tiempo, un sistema sincrónico de referencia, en el que es englobada la naturaleza, que carece de tiempo.

Todo lienzo, sin embargo oculta, como bien hace ver Lucio Fontana, otra cosa bajo la aparente virginidad de su blancura. Más allá del plano y del proyecto, Benjamin sin duda hubiera visto en Brasilia, como lo hizo en Berlín

y en tantas otras ciudades⁴, otra dimensión a través la composición de sus calles, de la distribución de los espacios, del empleo de materiales, y hubiera entrevistado en el afán de dar a cada uno su lugar sobre un plano, el peligro real de hacer de la línea, un muro de contención e incluso de segregación.

Hubo un “proyecto Brasilia”, que llevado a la realidad, pasó a ser un mero producto y, como tal, susceptible de modificación en su destinación. La posibilidad de las decisiones surgen del cruce de alternativas y aunque son topografiables en su aparecer, no lo son en cambio en el plano de las motivaciones que llevan a la toma final de la decisión. Es más: si hay decisiones que generan nuevos mundos ideales, hay también mundos reales que conllevan a su vez decisiones que alteran ese mundo, no como cruce de alternativas, sino como manifestación de un sentido interno. Es eso lo que explica la falta de coincidencia entre el ideal y su realización: no causas deficientes (que también), sino sentidos más profundos que irrumpen en la realidad. En una ciudad decide quien habita y quien controla. Y esta decisión contiene la propia historia y la memoria del sujeto precisamente porque querer construir un mundo nuevo y proyectar un futuro es enfrentarse a un mundo anterior que se contempla como pasado: constituye la doble proyección de un pasado opaco y de un futuro incierto en una superficie controlada y controlable (Cfr. De Certeau, 1990: 145). La decisión en este sentido apunta no sólo a su huella, constituida por sus efectos, sino también al abismo, a los sustratos subterráneos que permiten su surgimiento. Por ello, quien quiera entender los componentes de una decisión y analizar sus contenidos, sólo puede hacerlo comportándose, por decirlo con Benjamin, como el hombre que excava (Benjamin, 2002: 350) y que profundiza en los efectos para tratar de ver las capas ocultas que yacen bajo el “punto” de la decisión, que se abisma para mostrar otra dimensión bastante más siniestra. Los contenidos no son sino esas capas.

Quien también entendió la decisión como *topos* mucho antes que Badiou, esto es, como lugar de confluencia de alternativas, fue Schelling, quien en 1809, hizo ver que, bajo una decisión, laten siempre –Kant *dixit*– los recónditos motores de una motivación. La decisión (en al. *Entscheidung*) implica estar en el cruce de alternativas, en una encrucijada (en al. *am Scheidepunkt* literalmente “punto de decisión”), que constituye sobre todo el lugar de ex-

4 Cfr. Carta Asja Lacis a Hildegard Brenner del 14.09.1967 Nr. 56/57, pp. 211-214; Cfr. Hildegard Brenner (ed.) (1971): *Asja Lacis, Revolutionär im Beruf. Berichte über proletarisches Theater, über Meyerhold, Brecht, Benjamin und Piscator*, Múnich.

teriorización de las posibilidades latentes que permanecían en el fondo (SW I/7, 363. Cfr. Carrasco-Conde, 2008: 347-354). Lo interior en este sentido no apunta, por tanto, a la localización de la topografía, sino a una profundización arqueológica que tiene que ver con la máxima subjetiva de una acción.

La ciudad se vive de dentro a fuera, tiene estratos, una historia ligada a sus habitantes. Aunque Badiou se queda en el lienzo en blanco de Brasilia, en el ideal utópico llevado a la práctica como la perfección de una ciudad nacida del recomenzar, olvida, sin embargo, que la ciudad no es nunca un producto dado, sino lo que surge del proceso mismo del habitar. Olvida, en definitiva, la vida. Kierkegaard decía sobre el “feliz recomenzar” que éste siempre lleva aparejado la categoría del recuerdo y, sin éste, la vida “se disuelve en un estrépito vano y vacío” (Kierkegaard, 2009: 65).

2. La Línea: Ser y poder, sobre la densidad de la línea y la guadaña de la cartografía.

Es hora de exponer el proyecto Brasilia en el que Badiou centra sus reflexiones. “El plan maestro –escribe Badiou– es el desarrollo de una simple cruz trazada sobre una planicie desierta del Estado de Goiás” (Badiou, 2008; 454). En torno a esta cruz se distribuyen y ordenan los espacios. La idea, como ya se ha apuntado, consistía en fundar desde la nada una nueva ciudad, basada en utopías de corte socialista, que constituiría la capital de Brasil y que respondería a dos necesidades: expandirse hacia el interior del país (ecos coloniales) y constituir un símbolo del compromiso nacional con el desarrollo industrial, especialmente en un momento en el que Brasil estaba invirtiendo en la industria automovilística (nótese que la arteria principal de la ciudad, el Eje Monumental, que la divide en dos partes simétricas, contiene dos avenidas de 8 carriles cada una). Se eligió una meseta en la zona sureste de Goiás y, desde ahí, no sólo se edificó la ciudad, sino que se creó un gran lago artificial, el Paranóa (Fig. 8), situado en el extremo de la misma (o, siguiendo la metáfora de Badiou, en la estela que deja tras de sí el ave en su vuelo), por cierto, un lago de muy difícil –imposible– acceso en transporte público. En este Eje Monumental se encuentra la plaza de los Tres Poderes (Fig. 9) que aloja el Congreso, cuyo edificio está dividido en dos: la parte izquierda, como sede del Senado y la derecha, la Cámara de los Diputados (Fig. 10); a los lados el Palacio Presidencial do Planalto (Fig. 11) y el Tribunal Supremo (Fig. 12). Distribuidos

en torno a este eje se encuentran la explanada de los Ministerios (Fig. 13) y algunos edificios clave como el Complejo Cultural de la República (Fig.14) y la Catedral de Nossa Senhora Aparecida (Fig. 15). Todos ellos diseñados por Niemeyer. A los lados o mejor dicho, en las alas de este “pájaro” (Fig. 16) se encuentran las grandes “supermanzanas” distribuidas y organizadas según su uso: la zona residencial, la zona hotelera, la zona de restauración, la zona de comercios sur y norte, sector bancarios sur y norte, etc.

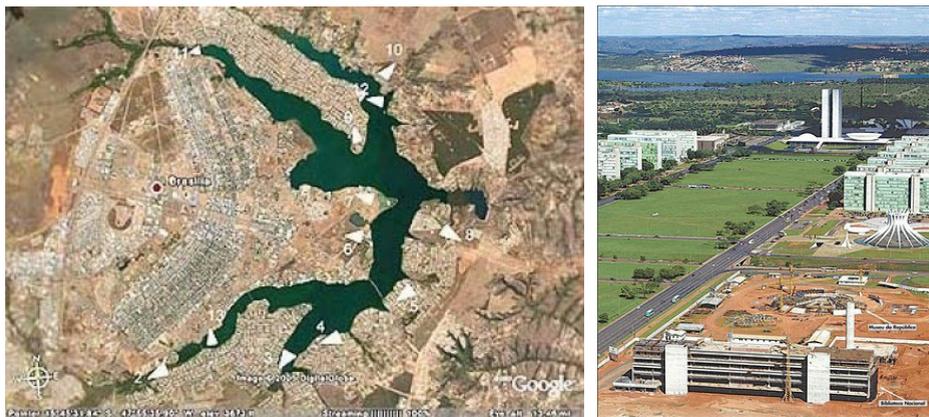


Figura 8. (Izquierda). Lago Paranoá (Imagen aérea de Google Earth, febrero 2014)

Figura 9. (Derecha). Plaza de los Tres Poderes



Figura 10. (Izquierda). Congreso con cámara de los Diputados. (Fotografía de ACC).

Figura 11. (Derecha). Palácio do Planalto. (Fotografía de Uri Rosenheck)

Ecós de anteriores modelos utópicos, cada cosa ocupa un lugar determinado, pero centrándose en las propuestas de Le Corbusier, se abandona la distribución cartesiana a favor de un eje de simetría. El centro, constituido por el cruce de la línea vertical (N-S) con la horizontal (las alas) queda ocupado por el espacio por los grandes edificios del Estado (los tres poderes y los múltiples Ministerios), así, como, lateralmente, por una única representación de la iglesia y otra, la única, de la cultura. Badiou describe de ese modo el proyecto (nunca, nótese, la realización como tal) “Lucio Costa no hace sino plegar la transversal de los dos lados del eje glorioso, aquel en el que serán edificados, bajo la dirección de Oscar Niemeyer, todos los palacios del Estado. De tal modo que tenemos el esquema de un pájaro en armonía –para aquellos a quienes les gusta, como a mí, esta ciudad tejida de ausencia- con la inmensidad clara del cielo, tan grande, ese cielo, cuando llega la tarde, que dilata y absorbe a la ciudad-pájaro, inmóvil en medio de la nada. En ese ordenamiento elemental de los signos, el agua responde al cielo: en el extremo del pájaro, los grandes lagos norte y sur vuelven a dibujar y redoblan, curva única y espejeante, el movimiento edificado de las alas. Las partes son entonces claramente ubicables como “avenida de los ministerios” (el eje central [...]), “zona de viviendas norte” y “zona de viviendas sur” (las dos alas), “sector de las villas individuales” (orillas de los lagos), etcétera” (Badiou, 2008: 454). Pero nótese que si hablamos de estas líneas que se cruzan en forma de cruz, el centro, el “punto”, el lugar de la decisión, queda ocupado por los tres poderes del Estado; en un lugar, por cierto, sin grandes plazas que ocupar por los numerosos habitantes que se suponen de una ciudad que es capital. El punto es el eje de coordenadas a partir del cual adquieren orientación y sentido los demás espacios.



Figura 12. Tribunal Supremo



Figura 13. Detalle edificios de la Explanada de los Ministerios. (fotografía de ACConde)

Figura 14. Complejo Cultural de la República



Figura 15. Catedral de Nossa Senhora Aparecida. (Foto de ACConde)

Figura 16. Supermanzanas en las "alas" del "pájaro"

Ecós de anteriores modelos utópicos, cada cosa ocupa un lugar determinado, pero centrándose en las propuestas de Le Corbusier, se abandona la distribución cartesiana a favor de un eje de simetría. El centro, constituido por el cruce de la línea vertical (N-S) con la horizontal (las alas) queda ocupado por el espacio por los grandes edificios del Estado (los tres poderes y los múltiples Ministerios), así, como, lateralmente, por una única representación de la iglesia y otra, la única, de la cultura. Badiou describe de ese modo el proyecto (nunca, nótese, la realización como tal) “Lucio Costa no hace sino plegar la transversal de los dos lados del eje glorioso, aquel en el que serán edificados, bajo la dirección de Oscar Niemeyer, todos los palacios del Estado. De tal modo que tenemos el esquema de un pájaro en armonía –para aquellos a quienes les gusta, como a mí, esta ciudad tejida de ausencia- con

la inmensidad clara del cielo, tan grande, ese cielo, cuando llega la tarde, que dilata y absorbe a la ciudad-pájaro, inmóvil en medio de la nada. En ese ordenamiento elemental de los signos, el agua responde al cielo: en el extremo del pájaro, los grandes lagos norte y sur vuelven a dibujar y redoblan, curva única y espejeante, el movimiento edificado de las alas. Las partes son entonces claramente ubicables como “avenida de los ministerios” (el eje central [...]), “zona de viviendas norte” y “zona de viviendas sur” (las dos alas), “sector de las villas individuales” (orillas de los lagos), etcétera” (Badiou, 2008: 454). Pero nótese que si hablamos de estas líneas que se cruzan en forma de cruz, el centro, el “punto”, el lugar de la decisión, queda ocupado por los tres poderes del Estado; en un lugar, por cierto, sin grandes plazas que ocupar por los numerosos habitantes que se suponen de una ciudad que es capital. El punto es el eje de coordenadas a partir del cual adquieren orientación y sentido los demás espacios.

El fracaso de la ciudad, al que hacía mención antes, viene dado por la realidad del propio diseño en su habitar. La ciudad debe ser construida para hombres reales, no para un ideal. La línea que en un plano, separa y distribuye, en la realidad dada por la vida adquiere una densidad, un volumen y un grosor que segrega y a veces incomunica a los habitantes de la ciudad, al hacer de la escuadra y el cartabón, una guadaña que corta y separa limpiamente las partes de un cuerpo y, poco a poco, lo mata. Los muros de los guetos de Varsovia se crearon desde el grosor, no desde la línea, pero una inocente línea puede adquirir el grosor de un muro o una frontera. La línea, de este modo, produce en la realidad compartimentos estanco (Fig. 17).

Las división en zonas, la segregación de la “zona norte y la zona sur de viviendas” y la “zona de villas residenciales”, que menciona Badiou, la ausencia de lugares de encuentro, hace de la ciudad de Brasilia, no una “ciudad pura”, sino una ciudad justamente de “ausencia”, carente *inicialmente* del alma del bullicio y del desorden humanos, una ciudad, hecha a imagen y semejanza de gigantes, en la que no hay habitantes sino usuarios. De hecho, ya en sus primeros años (fue inaugurada en 1960), antes incluso del golpe de Estado que en 1964 derrocó a Kubitschek, las supercuadras o supermanzanas estaban alejadas de las realidades sociales brasileñas. La élite se desplazaba en avión desde otros centros urbanos y los más pobres sufrían las consecuencias de vivir en una ciudad confeccionada en tamaño XXL. El propio Badiou describe así los edificios estatales: “el asiento del gobierno (ejecutivo), el palacio de justicia (judicial) y, al ras del suelo –como una mesa puesta para una

comida de gigantes- las cúpulas simétricas [...] forman el interior de la plaza” (Badiou, 2008: 454-455).



Figura 17. Distribución del uso de los espacios sobre plano.

3. La Cuadrícula: Poder y territorio, la diferencia entre un pájaro y un avión

Pese a esta geometría o, mejor, anatomía, Brasilia, sigue constituyendo, sin embargo, para Badiou, el símbolo de libertad. (Fig. 18) Pero si su plano según él tiene la forma de un ave con las alas extendidas (Fig. 19), la vista aérea de la ciudad muestra otra realidad (Fig. 20): el ave en vuelo, símbolo de la posibilidad real de que los hombres hagan de su morada en la tierra, su propio cielo, no es tal.

No puedo resistirme a recordar a Jerry Siegel y Joe Shuster y parafrasear una de las frases más conocidas del mundo del cómic: lo que se extiende en las planicies cercanas al estado de Goiás “no es un pájaro, es un avión” (Fig. 21).

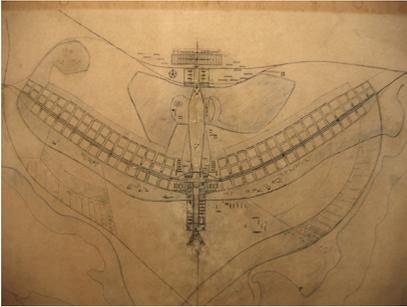


Figura 18. Plano de la ciudad según el diseño de Lucio Costa. 1956-1960.

Figura 19. Águila en vuelo.

Efectivamente así lo diseñó Lucio Costa (Fig. 22). Un avión, que vuela hacia el progreso (como el tren al que alude Benjamin en varias ocasiones), pero en el que, como en todo, hay clases. Más que con una ciudad para ser habitada, la repartición del espacio que tiene más que ver con las filas de una cabina (Fig. 23): clase turista, caracterizada por un menor espacio (Fig. 24) y primera clase, con las comodidades asociadas a ella (Figs. 25-26). Quien pilota la nave sería, siguiendo este plano en forma de avión, justamente quien ocupa el extremo de la explanada de los Ministerios (Fig. 28), aunque bien podría decirse, alargando la cabina de los pilotos, que serían más bien los acaudalados moradores de las villas situadas en el lago (Fig. 29).



Figura 20. Plano aéreo de Brasilia. Febrero 2014.

Figura 21. Boeing 747.



Figura 22. Planta de Brasilia. (Imagen de *designKULTUR*).

Figura 23. Distribución de asientos en una cabina de avión.



Figura 24. Vista aérea zona de viviendas de las supermanzanas de Brasilia (Imagen de Google Earth, Febrero de 2014).

Figura 25. Zona turista en una cabina de avión.



Figura 26. Vista aérea zona residencial de chalets de lujo en el puerto de Brasilia. (Google Earth, Diciembre de 2013).

Figura 27. Primera clase en cabina de avión.

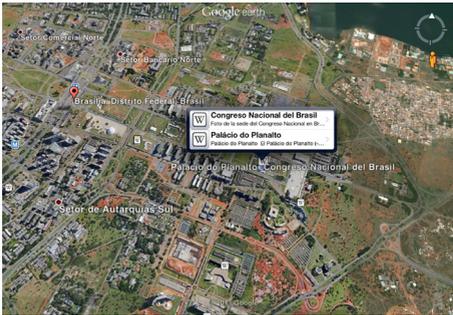


Figura 28. Extremo de la Explanada de los Ministerios. (Google Earth, febrero de 2014)

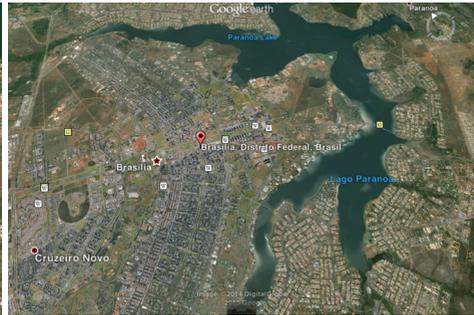


Figura 29. Visión aérea. La zona de viviendas de lujo coincide con la línea del “morro” del avión (Google Earth, febrero 2014)

Desde esta perspectiva, de una ciudad construida para ideales, la acción de los ciudadanos, que tanto importa a Badiou, se ve sumida en la inmovilidad. No puede haber puntos de decisión, en las que no hay lugares localizables de participación. La ciudad pura, Brasilia, caería, como Orsenna en la alternativa de la vida o la petrificación. Mero monumento, o peor mera simulación de monumento, la ciudad queda petrificada en la cuadrícula de sus compartimentos y entonces: “sin puntos, ninguna verdad, nada más que de objetos, nada más que de cuerpos y lenguajes” (Badiou, 2008: 462-463). Esta “ciudad pura” es, de seguir los propios planteamientos de Badiou sobre el acontecimiento, un cuerpo inerte (Figs. 30-31).



Figura 30. Esplanada dos Ministérios. (Imagen tomada de geocities.com)



Figura 31. *Denkmal für die ermordeten Juden Europas* de P. Eisenman, 2003-2005 (fotografía de ACC)

Como el monumento de Eisenman: los edificios devienen losas de un genocidio silencioso, pero en el que no hay pasado ni tradición a la que apuntar. La única muestra de la existencia de un pasado, es el de un presente mitificado y unas costumbres culturales que, desvinculadas de los usuarios de la ciudad, van dirigidas a los turistas, y que se encuentran ajenas al curso de lo cotidiano: así se proyectan en el Complejo cultural videos de una tradición que ya no es la de Brasil moderno. La presencia del indígena queda reducida a éste espacio, que nada tiene que ver con el habitante de la *civilizada* Brasilia (Figs. 32, 33, y 34).



Figura 32. (Izquierda). Exposición temporal Complejo cultural de la república, noviembre 2011 (Fotografía: ACC)

Figura 33. (Centro). Exposición temporal Complejo cultural de la república, noviembre 2011 (Fotografía: ACC)

Figura 34. Exposición temporal Complejo cultural de la república, noviembre 2011 (Fotografía: ACC)

Antes hemos hecho mención a un bullicio de la ciudad *inicialmente* inexistente: hay, por supuesto no usuarios, sino habitantes en Brasilia y hay vida porque afortunadamente, como bien nos enseña Michel de Certeau, existen prácticas ajenas al espacio geométrico: una *invención de lo cotidiano* que produce una ciudad *transhumante* lejos de la ciudad planificada y legible. ¿Dónde está la vida? Allí donde hay posibilidad de encuentro: las estaciones, hechas a medida del hombre (o de los autobuses) (Fig. 35).

Ante la ciudad máquina, entregada a un número de operaciones programadas, controladas y previsibles, surgen las estrategias de la vida cotidiana, “tácticas que no obedecen a un lugar” pero se sirven de él. Certeau hablará de modos de uso, “maneras de hacer” que dan juego mediante una estratificación (Cfr. De Certeau, 1990: 50 y ss). De nuevo, el punto adquiere profundidad, pero sólo lo adquiere si se centra la atención en la ciudad real, aquella

que surge no de la nada, sino del hacer y deshacer de quien la habita.



Figura 35. Estación central de autobuses de Brasilia, noviembre 2011 (Fotografía: ACC)

Referencias

- ANDO, Clifford (2008): *The Matter of the Gods. Religion and the Roman Empire*, Berkeley, The University of California Press. Paperback edition, 2009.
- BADIOU, Alain – TARBI, Fabien (2013): *La filosofía y el acontecimiento*, Buenos Aires, Amorrortu.
- BADIOU, Alain – RODRÍGUEZ, María del Carmen: entrevista concedida para “Nueva época”, año 3, número 19. Junio-Julio 2013. Disponible online: <http://reflexionemarginales.com/3.0/19-la-filosofia-y-una-vida-mas-fuerte-que-la-vida/>.
- BADIOU, Alain (2008): *Lógicas de los mundos. El ser y el acontecimiento*, 2, Buenos Aires, Manantial.
- BADIOU, Alain (2008a): *Teoría del sujeto*, Buenos Aires, Prometeo.
- BENJAMIN, W. (2010): “Imágenes que piensan”. En *Obras*, Libro IV, vol. 1, Madrid, Abada.
- BRENNER, Hildegard (ed.) (1971): *Asja Lacis, Revolutionär im Beruf. Berichte über proletarisches Theater, über Meyerhold, Brecht, Benjamin und Piscator*, München.
- CARRASCO-CONDE, Ana (2012): “Blow up. Evento, acontecimiento, crisis”. En CADAHIA, Luciana.-VELASCO, Gonzalo: *Normalidad de la crisis, crisis de la normalidad*, Madrid, Katz.

- CARRASCO-CONDE, Ana (2008): “Decisión y elección la afilada sección del instante. La libertad en Schelling y la influencia de Kant en el *Freiheitschrift*”. En *Revista Daimon*, Suplemento (2), pp. 347-354.
- DE CERTEU, Michel (1990): *L'invention du quotidien 1. Arts de faire*, Paris, Folio Gallimard.
- CURTIS, William J.R. (2012): *La arquitectura moderna desde 1900*, China, Phaidon.
- GRACQ, Julien (1998): *El mar de las Sirtes*, Barcelona, Seix Barral.
- KIEKEGAARD, Sören (2009): *La repetición*, Madrid, Alianza.
- VIDAL ROJAS, Rodrigo Alejandro (2011): “La ciudad ¿utopía permanente?”. En *Theoria*, Vol. 20 (1): 65-79.